

El camino del robo

MARIANO ETCHEGARAY

El *Camino del Robo* tiene cuatro elementos básicos: 1) **los indios**, los pobladores del territorio, 2) **los caballos**, su movilidad, 3) **las rastrilladas**, sus rutas en el desierto y 4) **el camino a Chile**, sus posibles rutas para el largo viaje para llevar la hacienda robada.

1) Los indios

El poblamiento humano de lo que es hoy el territorio argentino, se remonta a un pasado que va mucho más allá de la conquista y colonización española. Estaba constituido por tribus, algunas que cultivaban primitivamente la tierra, y otras que eran recolectores y cazadores sin residencia fija. Vivían de la caza de las martinetas, perdices, guanacos, liebres y del ciervo. Más tarde se alimentaron también del ganado vacuno y de yeguarizos.

La pampa agreste no estaba totalmente desierta. Había algunas tolderías indígenas aisladas, separadas generalmente por distancias inmensas para los medios de transporte de la época. Pero las pampas no eran una llanura verde y monótona. Esta llanura verde era sólo en el sur de la provincia de Buenos Aires. Al oeste las pampas del indio eran diferentes. Tenían sus bosques de caldenes y algarrobos, talas y espinillos, cuya gran mayoría se han ido extinguiendo por el correr del tiempo y por la mano del hombre. Tenían sus médanos gigantes, sus ríos y lagunas, sus salinas y guadales, unos pastizales tan altos que podían ocultar a caballos con sus jinetes, sus zonas desérticas, pedregosas y con pastos duros.

Pero lo que más impresionaba de esta llanura, lo único que llevaba a la idea de desierto, era la soledad, la inhabitabilidad casi absoluta, no solo de hombres sino también de animales. La denominación “*tierra adentro*” fue utilizada generalmente desde el siglo XVI, manteniéndose entre los comandantes de frontera hasta el siglo XVIII. Para ingresar a esa “*tierra adentro*” resultaba primordial conocer de antemano la precisa ubicación de las fuentes de agua. Su desconocimiento podía costar la vida. A medida que uno se internaba hacia el oeste de esa “*tierra adentro*”, hacia el río Chadileuvú en la actual provincia de La Pampa, la disminución de las lluvias iba empobreciendo la calidad de la vegetación que se iba transformando en pedregales arenosos.

Este río que corría de norte a sur, tenía gran caudal en épocas de deshielos en la cordillera, provocando inmensos bañados, pantanos y lagunas encadenadas en su desplazamiento hacia la laguna de Urre Lauquen y el río Colorado. En el siglo XX este río está prácticamente seco por el desvío que de sus afluentes el Atuel, el Tunuyán, el Desaguadero y el Diamante que realizó la provincia de Mendoza para realizar el riego de amplias regiones.

Esas regiones tenían poblaciones de indios y cientos de miles de caballos y vacas, fieros perros cimarrones, ñandúes, aves de todas clases en las orillas de las lagunas y tatúes con sus cuevas traicioneras. Eran pampas “*misteriosas*” para el hombre blanco pero no para el indio que las recorrían al trote de sus caballos pampas. Los incendios todo lo devoraban y las mangas de langosta hacían de un verde interminable, una llanura árida y pelada.

¿Pero quiénes eran los habitantes de las pampas? (**Anexo A**). Los auténticos “*pampas*”, los indios que los españoles conocieron con ese nombre desde los tiempos iniciales de la fundación de Garay, no eran los que fueron el objetivo de la Campaña del General Roca de 1879, que puso fin a su dominio. Desconocían la escritura y la rueda ya usadas miles de años antes de la era cristiana. Su cultura era una modesta artesanía y los hábitos y formas de trabajo les eran desconocidos a diferencia de los incas y los aztecas. Esas tribus estaban formadas por individuos que tenían formas elementalísimas de organización social, sin leyes, sin códigos, sin reglamentos, sin límites, completamente diferentes a nuestra cultura. Los hombres no trabajaban por lo que no podían vivir de lo producido. La naturaleza debía trabajar para ellos. La introducción de los caballos, vacas y ovejas por parte de los españoles, produjeron el milagro de la multiplicación de la riqueza sin necesidad de trabajar.

Cuando esta situación se hizo insostenible, introdujeron la esclavitud. Para reemplazar la falta de mano de obra, el recurso utilizado fue el *malón*. Esta herramienta hizo accesible la riqueza. El malón proporcionaba hacienda, mujeres, aperos de plata, y prestigio. Es así como la historia de la pampa constituye una inacabable sucesión de malones. En un territorio donde el ganado vacuno y el yeguarizo vagaba en libertad por millares, no generó una sociedad ganadera, sino un conjunto de bandas dedicadas a robar al blanco.

La cantidad de esclavos (hombres y mujeres) y de ganado, obtenidos mediante el robo y los secuestros, eran una forma de aumentar su prestigio. Esos esclavos, en los alrededores de las tolderías tenían a su cargo la totalidad de las tareas agrícolas, como el cuidado de los cultivos, y de la hacienda, y otras funciones más complejas como la de bombero, rastreador, lenguaraz y secretario de algún cacique importante.

Durante los siglos XVI, XVII y la primera mitad del siglo XVIII la pampa central permaneció inexplorada, de manera que la identidad de sus habitantes puede ser solo una conjetura. Se conoce la existencia de los *harpes*, los *puelches cuyanos* (los *pampas serranos*) y los *pampas* del sur de Córdoba. Hacia los valles del Neuquén habitaban los *pehuenches*, los *huilliches serranos* y en Chile los *araucanos o mapuches*.

A principios del siglo XVIII la antigua población *pampa* que dominara hasta ese entonces esa extensa llanura comenzó a desaparecer siendo reemplazada por otra de raíces araucanas. Comenzó produciéndose una infiltración de los araucanos venidos de Chile, de la zona situada al sur del río Bío-Bío, que es el proceso denominado “*araucanización*” de las pampas que duró aproximadamente 200 años.

Entre fines del siglo XVII y comienzos del XVIII empezaron grandes desplazamientos de los *araucanos* y los *huilliches* hacia el sur de Chile. Esto se debió fundamentalmente a la prolongada guerra que esas tribus hacían a los españoles. En 1641 los españoles firman con ellos un tratado de paz (el **Tratado de Quilín**) por el que les reconocieron un territorio *mapuche* ubicado al sur del río Bío Bío, pero esta paz fue vulnerada repetidas veces principalmente por los españoles que no podían renunciar a la expansión territorial, obligando al lento desplazamiento de los araucanos hacia el otro lado de la cordillera.

En sus primeras etapas esta penetración araucana en las llanuras pampeanas no fue una sustitución, es decir no fue una conquista. Fue un complejo proceso de infiltración y de fusión. El elemento *mapuche* más numeroso tendió a absorber a las tribus autóctonas. La araucanización abarcó primordialmente la lengua, demostrado porque a fines del siglo XVIII el mapuche fue el idioma que más se extendió, siendo imposible distinguir quienes eran locales y quienes araucanos. Estos solían cruzar la cordillera sin sus mujeres, lo que favoreció los casamientos entre las tribus, y disminuyó los posibles conflictos entre ellos.

Estos indios invasores habían luchado inicialmente contra los conquistadores españoles. Posteriormente se los llamó a todos *Araucanos*. Las tranquilas relaciones entre las tribus indígenas en Chile a fines del período colonial, comenzaron a resquebrajarse con la caída del gobierno virreinal español y la guerra revolucionaria que le siguió. Esta creciente conflictividad, si bien tuvo su inicio en Chile, repercutió en nuestro país, lo que revela la estrecha relación que existía entre ambos lados de la cordillera.

Todo este orden se destruyó con la independencia cuando los patriotas intentaron integrar a los indígenas como ciudadanos chilenos. Para algunos caciques esto

significó el final de sus privilegios, a lo que se agregó el arribo a esas tierras de chilenos realistas que buscaban refugio, y que con el objeto de ponerlos de su lado, les prometían el retorno a la estructura colonial. Estos dos hechos volcaron a los indígenas de esa región a aliarse a la causa realista.

El bando patriota logró rápidamente llevar la resistencia realista al sur del río Bío Bío, que era la zona donde se localizaban las comunidades indígenas que habían llegado a establecer una relación pacífica con los españoles. Esta “**Guerra a Muerte**” (1819-1827) como se la conoce del lado chileno, con características de extrema dureza entre patriotas y realistas a partir de la batalla de Maipú, enfrentó también a tribus de uno y otro bando, y no se circunscribió solamente al lado chileno sino que se trasladó a nuestras pampas. Perseguidos por las tropas independentistas, grupos de españoles derrotados como los cuatro hermanos Pincheira, y tribus de *boroganos* que habían luchado del lado de los realistas cruzaron la cordillera.

Este flujo de indiadadas, que se había iniciado después de la batalla de Rancagua, se intensificó después de Maipú. Lo hacían también los enemigos de O’Higgins dentro del bando patriota. En 1831 los siguieron más de dos mil *huilliches*, que habían luchado del lado de los patriotas, encabezados por caciques de la familia Curá entre los que se encontraban **Calfulcurá (Anexo B)** y su hijo **Namuncurá**. Entre los *boroganos* y los *huilliches* existía una enemistad profunda, porque los *huilliches* habían sido derrotados por los *boroganos* realistas en sus luchas tras la cordillera.

Hicieron el cruce atraídos por los enormes territorios ricos de la Argentina, y para establecerse en las amplias pampas que se extendían al este. Se asentaron en **Salinas Grandes**, en las cercanías de la actual ciudad de Carhué. Esta importante inmigración cayó sobre los pueblos nativos de la pampa, creándose una nueva red de conflictos por la apropiación de los recursos que efectuaban las masas araucanas. Es posible también que los *huilliches* y los *boroganos* hayan sido convocados para malonear en las pampas por alguna de las tribus araucanas ya establecidas anteriormente, en especial los *ranqueles*.

A los indígenas la alianza con estos grupos realistas los favorecía porque les permitía contar con armas de fuego mucho más efectivas que las suyas y poder lograr así sus propios fines, que era apoderarse de zonas estratégicas de las llanuras pampeanas. Los *boroganos* del cacique Rondeau se asentaron entre Carhué y Salinas Grandes, en los médanos de Masallé, cerca de la localidad de Macachín en la provincia de La Pampa, extendiendo sus toldos al norte y al este de Carhué. Era un punto estratégico por la confluencia de las rastrilladas.

Allí fueron dominados por el *huilliche* **Calfucurá** en 1835, que copó el mando de las tribus *boroganas*, matando a sus caciques el 8 de octubre de 1834, dicen que planeado por Rosas. Ya en esa época solo eran denominadas *pampas* o “*salineros*” las tribus unidas bajo el gobierno de **Calfucurá**. Las tribus chilenas se comunicaban a través de la cordillera, aún en pleno invierno, prestándose mutuo apoyo y pasando el ganado botín de los malones.

Salinas Grandes fue el cuartel general de las tribus *pampas* del sur y suroeste de Buenos Aires llamadas “*los salineros*”, aunque nunca hubo allí sino tribus pequeñas porque Calfucurá, tenía sus toldos en los montes y laguna de Chiloé (o Chilihué) a 16 leguas al oeste de las Salinas Grandes. Pero entre Chiloé y las Salinas había una sucesión ininterrumpida de toldos. Eran construidos con un esqueleto de madera y cubiertos con pieles y cueros vacunos o de yegüerizos cocidos con nervaduras de avestruz, con divisiones interiores del mismo material y con piso de tierra. Al acercarse a los toldos se olía un fuerte tufo a grasa de potro que los pampas usaban para frotarse el cuerpo para protegerse del frío, a su higiene no muy prolija, a la naturaleza de sus alimentos (carne de yegua), y a los restos de animales tirados cerca de los toldos que desprendían fuertes olores. Estas eran las razones por las que los toldos se encontraban diseminados y eran cambiados de lugar frecuentemente (**Anexo C**).

Así también evitaban que los animales de cada uno se mezclaran y que les fueran robados por los mismos indios. En las Salinas las tolderías estaban en medio de montes con aguadas y pastizales, siendo una etapa estratégica de la larga ruta a Chile, pero no tan importante como Carhué o Guaminí. Pero era importante porque desde allí los caciques araucanos planeaban y dirigían los malones que assolaban los campos y fortines de Buenos Aires.

Sin embargo por tener el mismo “habitat”, esta nueva población siguió siendo llamada “*pampa*” por los vecinos de Buenos Aires, Córdoba y San Luis, que se encontraban en los límites de sus dominios. La perduración del nombre se vio favorecida en primer lugar porque la sustitución étnica fue un hecho gradual, apenas perceptible. La sustitución con el tiempo se fue acrecentando a lo largo del siglo XVIII y pronto la población fue predominantemente araucana.

Los escasos restos de la antigua población *pampa* se fueron diluyendo completamente en la masa de los invasores araucanos. Hacia fines del siglo, el proceso estaba terminado, y en la pampa solo había araucanos. Por otra parte como la llanura que fuera de los antiguos *pampas* no estaba ocupada permanentemente por población blanca, ya que solamente se efectuaban entradas periódicas en busca de sal o de cueros, esta sustitución pasó desapercibida y lejos de los ojos de las poblaciones. En ningún momento se tuvo conciencia de la sustitución, la que por otra parte, poco podía interesar. Los invasores araucanos

adoptaron además desde un principio un género de vida similar al de los pampas originales.

Las tribus invasoras chilenas que cruzaron la cordillera de los Andes, en su mayoría eran pertenecientes a la nación o raza “*mapuche*” (gente de la tierra), y se asentaron inicialmente en Neuquén y el río Negro, pero la necesidad de obtener ganado cimarrón y caballos los llevó a emigrar hacia la provincia de Buenos Aires y La Pampa. Es decir que los “*mapuches*” no son un pueblo originario del Este de los Andes, sino del Oeste (Chile). Ocuparon nuestro territorio venciendo y desalojando a nuestros naturales, los *tehuelches* y los *pehuenches*, sus reales ocupantes originarios. Los pueblos originarios son aquellos que habitaban el territorio argentino en épocas de la conquista española. No se entiende entonces el reclamo de tierras que están realizando sus descendientes, no siendo un pueblo originario sino un pueblo invasor.

Es un tema que se está manejando políticamente desde Londres a través del *Mapuche International Link*. Es un reclamo político, apoyado fundamentalmente por revisionistas “progres”, entre ellos el escritor Osvaldo Bayer, que pretenden entre otros reclamos recuperar tierras y sacar el monumento al General Roca de su emplazamiento actual en Diagonal Sur y Perú, tildándolo con el término que ahora han puesto de moda: “*genocida*”. Muchos argentinos creen aún que los “*mapuches*” fueron los habitantes originarios del suelo argentino, donde vivían pacíficamente criando sus ovejitas y tejiendo sus ponchitos sin ser molestados, hasta que la codicia de los estancieros blancos impulsó al General Roca a expulsarlos de sus tierras. No mencionan por supuesto, que gracias al General Roca la Patagonia es Argentina.

En tiempos de la Independencia los naturales del norte del desierto, asentados en la zona sur del río Quinto en las proximidades de Toay en La Pampa, los *ranqueles*, eran también de origen araucano. Habían tenido menos contacto con los cristianos, debido a que estaban internados en el desierto. Eran más salvajes y sus principales caciques fueron Yanquetruz, el “feroz” Painé y Mariano Rosas. ¿Pero quiénes fueron los pampas originales? Un indicio lo da el perito Moreno quien en 1875 encuentra en uno de sus viajes de exploración en el norte de la Patagonia, a un grupo de indios que hablaban una lengua que no era mapuche ni tehuelche, y que le manifiestan que sus antepasados habían habitado antiguamente en las llanuras bonaerenses. Moreno creyó hallarse con los últimos descendientes de los antiguos Pampas.

Eran los *puelches* (gente del este) que habían tenido como “habitat” las inmensas llanuras que eran llamadas erróneamente “desierto”, y que se extendían desde el sur de las provincias de San Luis, Córdoba y Mendoza, hasta el río Salado en la provincia de Buenos Aires, y el norte de la Patagonia. Tenían un idioma propio

diferente de los *querandíes*. Restos de estos antiguos pueblos fueron encontrados por Florentino Ameghino en sus excavaciones en Arrecifes y en Arroyo Seco.

Cuando el ganado cimarrón comenzó a agotarse debido a las grandes “vaquerías” de los blancos para obtener cueros, los indios tuvieron que recurrir para su alimentación y su comercio a la captura del ganado de las estancias, comenzando la época de los “malones”. Esta actividad les era necesaria porque no se dedicaban a la cría de ganado, y estos malones provocaron un tremendo problema a los blancos.

También usaban como alimento a la mayoría de los animales, no despreciando a la víbora ni al lagarto, aunque el gran festín eran los alones y los huevos de avestruz asados, tuvieran o no pichón adentro. Pero el principal alimento de los indios fue la carne de yegua asada, siempre y cuando pudieran hacer fuego. Cuando mataban a una yegua le cortaban el hígado, el bazo y los pulmones en pedacitos y hacían una especie de masas con la sangre, le añadían sal y se la comían con las manos, cruda y todavía caliente. Era su manjar predilecto.

Pero a pesar de que este comercio ilícito les reportaba buenas ganancias, no era solamente el único motivo de los malones. Otras razones fueron: 1) la búsqueda de alimento para su subsistencia, 2) la resistencia al paulatino avance de los blancos sobre sus tierras, 3) para obtener rehenes para cambiarlos por indios cautivos, antes de que fuera implantada la costumbre de que en los combates “no se tomaban indios prisioneros”, y 4) como venganza por alguna acción realizada por los blancos. Se reiterarían con frecuencia los ataques de bandas indias cada vez más audaces sobre las estancias, sobre los convoyes de carretas tirados por bueyes que efectuaban el tráfico entre Buenos Aires, Córdoba y Cuyo, y hasta sobre algunos poblados, matando, raptando y robando ganado y otros botines.

2) Los caballos

Dionisio Schoo Lastra en su libro “*El indio del desierto 1535-1879*” analiza en forma notable como se inició la relación de los indios con los caballos. No teniendo medios de movilidad, los indios instalaban sus toldos y se movían cercanos a las aguas potables, siempre al alcance de sus piernas. Se entiende por lo tanto que una parte considerable del territorio, el oeste y el sudoeste, fuera intransitable e inhabitable, porque a pesar de contar con aguadas, no podían llegar a pie, ni en sus increíbles marchas que realizaban en verano, cuando los adultos recorrían hasta 30 leguas, según cuenta el compañero de Pedro de Mendoza, Ulrico Schmidel, aplacando su sed, con la sangre de animales que cazaban o con raíces jugosas.

El caballo no existía en América antes de la llegada de los españoles. Es bien conocido que los indios andaban a pie y los españoles a caballo. Los indios que demostraron su capacidad para domesticarlos con posterioridad, lo hubieran hecho antes, y si los conquistadores españoles los hubieran visto montados o si el caballo hubiera existido en estado salvaje, lo hubieran asentado en sus documentos, lo que no fue hecho. Si los indios hubieran estado montados, la conquista hubiera sido una empresa sumamente difícil, como lo demostraron posteriormente luchando con fuerzas del ejército solamente con sus lanzas y sus boleadoras, hasta que la Nación contó en los Remingtons.

Pedro de Mendoza obtuvo del Rey el permiso para traer cien caballos destinados a su expedición y a propagar la especie en estas nuevas tierras, pero solo embarcó setenta y dos, quedando solo cuarenta y cuatro cuando los pobladores abandonaron Buenos Aires en 1541. Esos pocos caballos y yeguas abandonados fueron los reproductores que sirvieron de plantel a los que posteriormente poblaron el territorio.

¿Pero cómo entró el indio en contacto con el caballo después de haberlos visto en la llanura? Ocultos en los pajonales junto a la aguada, observó las costumbres del yeguarizo y organizándose con otros, con verdadero esfuerzo logró cazarlo, e imaginó la idea de domesticarlo. Quizá había oído de su abuelo que los huincas los habían peleado a ellos a caballo. Y a través de generaciones supo ingeniarse para obtener caballos excepcionales para sus viajes y para la guerra. Es sabido que siempre los indios estuvieron mejor montados que los cristianos.

Cuando saltó sobre el caballo, separándose del suelo sobre el que había estado siempre unido, llegó a uno de esos momentos que sirven de bisagra en la vida de una raza. Dispuso de su carne, la caza le fue más fácil ya que los guanacos, los venados y los avestruces quedaron a su alcance. Sus pieles le permitieron construir sus toldos, las distancias, antes imposibles de alcanzar, se redujeron a cuestión de tiempo, tuvo un transporte para llevar a su familia y cargas a distancias considerables, tomó posesión del desierto y vió a las mujeres blancas.

Con el caballo a su servicio aumentó considerablemente su capacidad guerrera que le permitió, junto a sus hermanos de raza, oponerse a los cristianos que avanzaban en sus tierras. Abandonó el arco y la flecha reemplazándola por una larga lanza y por las boleadoras que a veces sin arrojarlas, las usaba como maza. Al carnear comenzó a usar los nervios para toda clase de ligaduras, concibió el uso de la bota de potro desollando la pata, y descarnando el cuero, se le ocurrió probárselo en el pie y ver que calzaba sin necesidad de ninguna costura.

Los indios obtenían los caballos en las llanuras de la provincia de Buenos Aires, porque era tanta su abundancia que en 1774 en un viaje el jesuita Tomás

Faulkner, pudo librarse a duras penas, junto con sus acompañantes de ser arrollados y hechos pedazos por miles y miles de baguales que cruzaron junto a ellos sin interrumpirse durante dos o tres horas.

3) Las rastrilladas

Los habitantes de esos inmensos territorios, los habían transitado en direcciones que en general se han mantenido a lo largo del tiempo. Quien se largase a recorrerlos, tenía que ser conocedor del terreno, pues de lo contrario corría graves riesgos de perder la vida. Las llamadas “travesías” se convertían en arriesgadas empresas a lo largo de tierras vacías y desérticas, a veces sin agua, llenas de riesgos debido a los salteadores, las jaurías de perros cimarrones y a los malones.

Con el correr del tiempo se transformaron en anchas rastrilladas abiertas por los indios y utilizadas por los blancos. Nacían de la necesidad de vincular puntos estratégicos. Unieron primero las aguadas y las tolderías, luego serpentearon entre fortines y finalmente unieron a los pueblos, construidos a la sombra de esos fortines. A los costados de esos primitivos caminos, existían siempre sitios donde proveerse de los tres elementos necesarios para las travesías por las pampas: agua, leña y pastos.

Samuel Tarnopolsky ha definido con gran claridad las rastrilladas en su libro “*La Rastrillada de las Salinas Grandes*”: “Camino en la vieja pampa del indio y del fortín, marcado por desnudos pies indígenas deambulando uno tras otro, cuando todavía no conocían el caballo. O senda múltiple, haz de caminos paralelos como grabados por los dientes de un rastrillo, ancho de trescientos metros, labrado al galope de miles de reses o al trote de las caballadas pampas. Siempre piso firme, entre guadales sobre campo verde. Cuando un extraviado en la llanura acertaba de pura suerte con una, se prendía a ella y no la soltaba, como un naufrago al salvavidas traído por el oleaje. Siguiendo la rastrillada alcanzarían con seguridad el agua dulce y pastizales, el vado de un arroyo infranqueable, la toldería o el caserío. La rastrillada era un seguro contra guadales y tembladeras.”

Resulta interesante el relato efectuado por el Coronel Álvaro Barros en 1872 de lo que significaba internarse en la travesía hacia el desierto y las precauciones que se debían tomar: “*La pampa inmensa y solitaria tiene signos y movimientos invisibles para el viajero que no es baqueano. Los avestruces y otros animales menores son los que mejor comprenden las misteriosas señales que anuncian la presencia del hombre y la dirección que sigue. El primero de estos animales que alcanza a divisar a un jinete, huye prudentemente de él. Si es un solo hombre el animal se detiene a corta distancia, observa, escudriña y si no descubre nada más, vuelve a pastar tranquilamente*”.

“Los animales que están a mayor distancia y que no dejan de consultar de tiempo en tiempo la llanura hasta los límites del horizonte, comprenden el movimiento del primero. Los que se encuentran sobre la línea que lleva el jinete, se desvían. Los que no están en ella no se mueven. Si son varios jinetes y vienen separados tomando un extenso frente, el movimiento de los avestruces y otros animales es mayor, pero si son muchos jinetes y abarcan una gran extensión corriéndose de uno a otro lado, los animales huyen de ellos precipitadamente. Este movimiento se va transmitiendo a los animales más distantes, y así a tres o cuatro leguas la huida de los animales silvestres anuncia la presencia de los hombres, su dirección y si son muchos o pocos”.

“El hombre acostumbrado a la vida en la pampa no da un paso en ella sin escrudiñar hasta donde alcanza su vista. Avanza con precaución para no ser descubierto antes de descubrir. Se desvía de la línea recta para subir a una altura por pequeña que sea desde donde puede abarcar más extensamente el horizonte”.

“Al pié de ella deja asegurado su caballo. Sube agazapado y antes de llegar al punto culminante, camina en cuatro patas o se arrastra para poder observar sin ser visto. Su ojo ejercitado alcanza a distinguir a una increíble distancia los objetos que para un profano serían invisibles. Una tropilla de venados en fuga para el ojo inexperto sería una partida de jinetes galopando. Un grupo de pajas parecerá un grupo de jinetes en observación, y el movimiento que el viento les imprime, le hará creer que se mueven de un lugar a otro, o que se bajan del caballo y vuelven a montar, que se acerca uno al otro, y que avanzan o se retiran según que la vista se esfuerza y se cansa con estas ilusiones”.

“El hombre baqueano abraza la inmensa planicie y al primer golpe de vista ve y distingue los pequeños objetos, aprecia todo con exactitud. Si no hay novedad continúa impasible, sin preocuparse del solitario desamparo que le rodea. Si hay indicios de peligro, observa con atención pero sin alarmarse. Si descubre enemigos, avanza lo necesario para cerciorarse y se retira para llevar el parte, o se aproxima hasta descubrir sus detalles, si esa era su misión. Cuando es descubierto y perseguido, huye sin perder su tranquilidad, ni fatigarse, ni hacer trabajar a su caballo más que lo necesario para mantener la distancia entre él y sus perseguidores”.

“Muchas veces deja que estos se le acerquen para cruzar despacio un mal terreno y cuando ha pisado suelo firme recobra sin esfuerzo la distancia perdida, mientras que sus perseguidores pierden en el mal terreno la distancia que habían ganado. El gaucho baqueano jamás se equivoca ni vacila en estos percances por muy apurado que parezca encontrarse, y si alguna vez sucumbe, es siempre

debido a algún accidente extraordinario como por ejemplo que su caballo ruede o se manque”.

Ya a fines del siglo XVIII Félix de Azara relataba que los indígenas llevaban grandes cantidades de hacienda a Chile donde lo vendían o lo daban en trueque por productos de los que carecían en las tolderías. En 1783 el navegante español Basilio Villarino mientras exploraba el río Negro, comprobó personalmente el tránsito de hacienda marcada a Chile. En esa oportunidad se encontró con 400 indios que llevaban dos arcos de 8000 vacunos y yegüerizos. Le expresaron que los habían robado en las llanuras bonaerenses y los llevaban a vender o canjear en la ciudad de Valdivia en Chile. Es posible que si los indios no hubieran tenido un mercado seguro para colocar el ganado robado, solo hubieran invadido para satisfacer su hambre, y con el correr del tiempo, conservando las haciendas, podrían haber vivido de su progresivo aumento.

Las rastrilladas fueron el resultado del paso de miles de cabezas de ganado arrebatadas por los malones en las pampas de la provincia de Buenos Aires, Córdoba y Mendoza durante muchas décadas. Después de un larguísimo viaje de entre mil y mil setecientos kilómetros, cruzando medio país en su mayor parte terrenos desérticos, los animales cruzaban la cordillera para ser canjeados mediante operaciones de trueque por aguardiente, armas de fuego, lanzas, telas, artículos de platería y otras bagatelas. Todo esto tolerado e incluso facilitado por las autoridades chilenas. Y esto lo dice nada menos que el Perito Moreno.

El robo del ganado en los campos de la provincia de Buenos Aires, Córdoba y Mendoza por los malones indígenas se hizo insostenible. Alsina obtuvo del Congreso una partida de 400.000 pesos fuertes para invertir en telégrafos y construcciones en la nueva línea de frontera que se proponía establecer para ganar nuevas tierras para la ganadería e impulsar la importación de productos. Su idea era *“hacer imposible las grandes invasiones y difíciles las pequeñas”*.

El Ministro Alsina en 1876 planificó un avance de la frontera existente en ese momento para ocupar lugares equidistantes entre la línea de fortines y las tolderías, los que eran utilizados por los indios como lugar de descanso y abastecimiento, tanto a la ida como al regreso de los malones con la hacienda robada. Estos lugares tenían abundantes pastos y aguadas, y estaban muy alejados de la línea de fortines, donde nunca podía llegar la persecución del ejército (**Anexo D**).

Este programado avance de los fortines amenazaba seriamente esos lugares y los acercaba peligrosamente a las Salinas Grandes y las tolderías. El plan de Alsina tuvo detractores entre sus rivales políticos que luchaban por el poder en Buenos Aires, y entre los que no les convenía que las cosas cambiaran. Antes de iniciar

el avance de la frontera, Calfucurá ya estaba al tanto de ese plan. Esta noticia provocó un levantamiento general de los indios, iniciado por Catriel, seguido por los *ranqueles*, por Pincén y por Calfucurá con refuerzos venidos de Chile. Sin embargo las tropas de Alsina al mando de Coronel Nicolás Levalle, lograron la victoria de *Paraguil* en el partido de General Lamadrid, en marzo de 1876 (**Anexo E**).

La idea de Alsina era ganar terrenos a partir de sucesivos avances hasta llegar al río Negro, y mantener lo conquistado con un sistema de fortificaciones. Sostenía que *“era muy difícil llegar hasta las tribus a castigarlas, diseminadas como estaban en espacios inmensos, protegidos por los obstáculos que el desierto oponía a las tropas del ejército”*. El mayor inconveniente que tenía el proyecto y que se quería solucionar, era el desconocimiento de los terrenos por donde debían avanzar las tropas y las distancias que debían recorrer. El lugar más importante y a la vez más temido por lo riesgoso, era la ocupación de Carhué, refugio principal de Calfucurá, que se suponía sería tenazmente defendido.

Alsina quería instalar cuatro Comandancias, en fuertes que se construirían en Italó, Trenque Lauquén, Carhué y Guaminí y fortines intermedios todos conectados con telégrafo para facilitar la vigilancia de la frontera. El plan se completaría con la construcción de una zanja con parapeto para desalentar los malones que defendiera el frente de la primera línea de frontera. Se harían unos 650 kilómetros. Las dimensiones eran 3 metros de ancho en la parte superior y 0.60 metros en el fondo, una profundidad de 2 metros y un parapeto de 1 metro de altura hacia el lado Este con una base de 4.5 metros. En su realización con pala y pico trabajaron soldados de la Guardia Nacional, y civiles contratados a los que se les pagaba 12 pesos fuertes por cada metro de zanja construida. Pero sólo se lograron construir unos 325 kilómetros (**Anexo Fa**), algunos de cuyos restos aún pueden observarse en partidos de la provincia de Buenos Aires.

Se construyeron 109 fortines, construcciones precarias de forma circular, de poco más de veinte metros de diámetro, con un rancho de adobe y un mangrullo en el centro, rodeados por un foso y un paredón de palos a pique para fortalecer su defensa. En cada fortín se establecían entre siete y diez soldados elegidos para ese destino, quienes debían recorrer diariamente la línea entre los fortines para avisar en caso de visualizar malones. La distancia entre los fortines era corta (tres leguas), posibilitando una rápida comunicación en caso de visualizarlos (**Anexo G**).

4) El camino a Chile

La principal rastrillada utilizada por los indios en la retirada de los malones de la provincia de Buenos Aires era el denominado *“Camino de los Chilenos”* que

llegaba hasta las **Salinas Grandes** y **Carhué** y de allí a Chile (de ahí su nombre), que es la actual Ruta 60, aunque en realidad debió ser llamado el “***Camino del robo***”. La más probable traza del camino está basada en descripciones de viajeros que lo transitaron, ya que lógicamente nadie dejó en la época de los malones una descripción de su recorrido. En general los caminos utilizados por los indios hacia Chile variaban de acuerdo al lugar de donde era robado el ganado y el lugar de procedencia de los indios.

No era la misma rastrillada que se utilizaba si los animales eran robados por los **ranqueles** al sur de Córdoba o al norte de San Luis, que los robados por los **pampas** de Salinas Grandes en los campos de la provincia de Buenos Aires, a lo que se agregaba las posibles diferencias que existían entre las tribus, que hacía que se eligieran caminos más seguros.

La traza del “***camino de los chilenos***” era muy antigua e inicialmente era la principal comunicación con las **Salinas Grandes** y el desierto. Su traza generalmente recta, cruzaba los campos casi llanos, más altos y cruzaba los arroyos y aguadas en los mejores pasos. Alrededor de estos pasos se descubrieron vestigios de campamentos y cementerios indígenas, lo que confirma que el ***Camino de los Chilenos*** en toda su extensión fue antiguamente poblado por diferentes indiadas.

El camino era largo, evitaba guadales, fortines, buscaba las aguadas y los lugares con pastos donde se pudiera hacer descansar a los ganados en su largo tránsito a Chile (**Anexo H**). La tradición oral ubica su origen en las proximidades de la actual ciudad de Azul, en plena frontera con el indio, de donde tomaba un rumbo sudoeste hacia Olavarría. Una vez abandonadas las serranías el panorama cambiaba. Se transformaba en planicies cubiertas de pastos con lomadas apenas perceptibles (**ANEXO I**).

La frontera de la provincia de Buenos Aires estaba dividida en cinco Secciones. En la Sección Sur (**Anexo G**) a 20 leguas de Azul y a 300 metros hacia el oeste del camino hacia Salinas Grandes, estaba el fuerte “***Lavalle Sur***” o “***Sanquilcó***” junto al arroyo Quilco, con aguas permanentes y potables.

El fuerte fue construido por el avance de la frontera a fines de 1869. Anteriormente había sido un lugar estratégico y parada necesaria de los malones, por sus pastos y por ser la primera aguada después del arroyo Tapalquén en Olavarría. Tenía una dotación de 30 soldados y una toltería de indios amigos a media legua.

Allí estuvo el general Roca en la Campaña al Desierto de 1879. El Fuerte estuvo ubicado en lo que es ahora la **Estancia Sanquilcó** en el Partido de General Lamadrid (**ANEXO J**). Desde **Sanquilcó**, el camino cruzaba una serie de arroyos

que debían ser vadeados, llegando a Carhué a 64 leguas de Azul. Contrariamente a lo sostenido, Carhué no era en esa época el nombre de una laguna sino el de un “territorio” con varias lagunas importantes que fueron llamadas posteriormente “*las Encadenadas del Oeste*”: *Epecuén, Guaminí o del Monte*, con una isla con montes en su interior, *del Venado, Cochicó y Alsina*.

Era un territorio privilegiado con importantes arboledas de talas, caldenes y chañares, tenía pastos abundantes y agua inagotable debido a sus lagunas que lo convertía en un lugar estratégico. Por eso **Calfucurá** antes de morir ordenaba a sus hijos como su testamento “*que no se dejaran despojar de Carhué*”. Saliendo de Carhué hacia Salinas Grandes, los campos que rodeaban al camino se iban haciendo cada vez más arenosos.

Pero las rastrilladas luego de Carhué debían llegar a los ríos **Colorado** y **Negro** y de allí a los pasos cordilleranos de Neuquén para pasar a Chile. A partir de las Salinas Grandes una rastrillada principal se dirigía hacia el oeste, pasando por la laguna **Urre Lauquén**, las sierras de **Lihuel Calel** llegando a **Puelches** (**Anexo K**). Allí se bifurcaba. Una rastrillada que llamaremos **a**) (**Anexos K y L**) se dirigía a las sierras de **Choique Mahuida** cerca del río Colorado, cruzándolo por el **Paso Chiclana**. Zeballos y Ebelot que la recorrieron en 1880, la consideraron como de extrema dureza, pero la siguieron en verano, error que jamás hubieran cometido los indios con sus arrees en verano.

La otra rastrillada que llamaremos **b**) (**Anexo L**) seguía hacia el sur hacia al río Colorado que era cruzado por un paso cerca de la actual población de **Gobernador Duval**. Había otra rastrillada **c**) (**Anexo M**) que salía de Salinas Grandes que fue poco utilizada a pesar de ir directamente de Salinas Grandes al río Colorado, cruzándolo por el **Paso Alsina** (**Anexo N**). Sin embargo no hay ningún antecedente de que esta rastrillada hubiera sido utilizada, lo que puede deberse a que se encontraba cercana a la línea de fortines próximos a Bahía Blanca y a Carmen de Patagones. Esta fue la ruta seguida por el General Roca con la 1ra. División en la Campaña al Desierto de 1879.

Hemos visto que el río Colorado podía ser cruzado en esa época por los **Pasos Chiclana**, el cercano a **Gobernador Duval** y el **Alsina**. El **Paso Chiclana** estaba situado en uno de los lugares donde los ríos se encuentran más próximos entre sí, corriendo casi paralelos. El cruce de los 120 metros del río con los animales era una tarea muy complicada no solamente por la correntada y la fría temperatura del agua. Los indios lo hacían con el caballo a nado y los animales en balsas construidas con palos atados con tiras de cuero.

En el cruce, las balsas iban atadas a la cola de los caballos mediante un lazo y un indio se agarraba con una mano a la crin y con la otra braseaba, dándole al

caballo la dirección necesaria. Como el agua era muy fría y el trayecto muy largo, no pocas veces el indio desaparecía bajo las aguas.

Los ríos Colorado y Negro tienen dos máximas crecientes, una al finalizar el otoño cuando la lluvia funde las primeras nieves en las estribaciones inferiores de los Andes, y la otra en primavera, cuando llega el deshielo de las altas cumbres. Entonces se transforman en torrentes con correntadas muy fuertes.

Luego del cruce del río Colorado por el **Paso Chiclana (Anexo L)** comenzaba una travesía sin agua de aproximadamente 10 leguas para llegar a la isla **Choele Choel** en el río Negro, que los indios lo realizaban en una jornada. No había sendero, ni árboles ni vegetación, debiendo efectuarse la marcha a paso lento y prudente entre médanos y piedras.

La isla **Choele Choel** fue un lugar estratégico donde los indios realizaran un alto en el viaje con los animales para que se recuperaran, porque llegaban enflaquecidos luego de la larga marcha realizada desde los lugares donde habían sido robados. Allí pastaban dos años o más, antes de ser pasados a Chile por los pasos cordilleranos de Neuquén.

Calfucurá cuando se enteró de la ocupación de la isla ordenada por Sarmiento en 1868, le mandó una carta a manera de ultimátum: *“Me dicen que han llegado fuerzas a Choele Choel y que vienen a hacerme la guerra, pero yo también he mandado una comisión a mi hermano Reuquecurá para que mande gente y fuerzas, pero si se retiran de Chiloé no habrá nada y estaremos bien”*.

Cruzando el río Colorado por el paso en **Gobernador Duval**, de acuerdo la rastrillada **b)** hacían una travesía hasta **Chelforó** sobre el río Negro (**Anexo L**). A 26 leguas hacia la cordillera, había otro paso por la actual población de **Chichinales**, donde estaban los toldos del cacique pehuenche Chocorí.

Ya en el río Negro, había dos rastrilladas que podían seguirse río arriba (**Anexos O**). Una por la margen norte sin cruzar el río Negro hasta la confluencia de los ríos Limay y Neuquén. En la confluencia, el río Neuquén era vadeado por un paso situado donde se encuentra actualmente el puente carretero. Para seguir la otra rastrillada por la ribera sur del río Negro, era necesario cruzarlo y luego cruzar el Limay, que era un cruce difícil por sus fuertes corrientes.

Pero cuando los arrees llegaban al río Negro, se terminaban sus problemas porque en el resto del trayecto hasta la cordillera había agua y pastos en abundancia. Eran lugares bien conocidos por los indios. Estaban llegando al *“País de las Manzanas”* nombre de un amplio triángulo comprendido entre los

ríos Neuquén, Limay y la cordillera de los Andes, donde se encontraban las tribus del cacique Saihueque (**Anexo O**).

Luego de la confluencia, las rastrilladas se dirigían hacia los valles precordilleranos del *País de las Manzanas* que tenían abundancia de agua y pastos para reponer a los arreos antes del cruce a Chile. Los toldos del cacique Saihueque estaban en la unión de los ríos Caleufú y Collón Curá, en las proximidades de la actual ciudad de San Martín de los Andes (**Anexo P**).

Saihueque dominaba los pasos cordilleranos de **Icalma** (a la altura de la actual ciudad de Zapala) y **Mamuil Malal** (a la altura de Junín de los Andes), pasos actuales en la provincia de Neuquén, que comunican del lado chileno con el valle del río Bío Bío (**Anexo P**). Por alguno de ellos debían cruzar los arreos robados en los malones, porque allí la altura de la cordillera de los Andes disminuye notablemente. La elección de que paso utilizar estaría determinada probablemente por la localización del comprador chileno.

El cacique permitía el paso solamente cuando llevaban arreos, o en los casos de huidas forzosas. El paso más factible era el **Mamuil Malal**, a 1300 metros sobre el nivel del mar, al pie del volcán Lanín, y permite su cruce todo el año, siendo todavía utilizado en la actualidad. Este paso daba un cómodo acceso al sur de Chile.

Resulta interesante comprobar como las trazas de las rastrilladas usadas en el **Camino del Robo** en el siglo XIX se han mantenido a lo largo del tiempo, convirtiéndose en Rutas Nacionales o Provinciales en la actualidad. En el **Anexo Q** que es un plano actual del Automóvil Club Argentino de la zona, están indicadas la ruta entre Gobernador Duval en el río Colorado y Chelforó sobre el río Negro, y en las márgenes norte (la actual ruta 22) y sur del río Negro, las rutas que llegan a la confluencia de los ríos Limay y Neuquén en la ciudad de Neuquén.

El cacique Saihueque fue ahijado de Valentín Alsina y mantuvo durante años su fe en el hombre blanco, basado en los consejos de su padre el cacique Chocorí, de que nunca se enfrentara con los blancos. Sin embargo esto cambió cuando Roca quiso extender su campaña al sur del Limay. Combatió contra el general Conrado Villegas cuando invadió sus tierras, debiendo rendirse el 1º de enero de 1885. Fue el último cacique en hacerlo. Fue llevado prisionero a Buenos Aires de donde regresó luego de 10 años radicándose con su familia en Chichinales donde murió en 1903 a la edad de 85 años.

El avance de la frontera efectuado por Alsina en el año 1877 produjo que a los indios les resultara cada vez más difícil invernar sus caballadas donde lo habían

hecho siempre, y les limitaba su principal capacidad ofensiva. A pesar de esta circunstancia continuaron lanzando algunos malones pero ahora para conseguir animales para su propio alimento. Ya no podían sentirse seguros en sus toldos detrás de muchas leguas de llanuras inhóspitas. Esto se debía a la continua presión ejercida por el ejército sobre sus últimos reductos por el avance de la línea de fortines y de las ofensivas sobre las tolderías con las *expediciones ligeras*, que eran expediciones militares con un número reducido de soldados bien montados y armados, que podían caer sorpresivamente sobre los toldos sin ser detectadas al desplazarse de noche, como lo habían hecho los malones en la época de su mayor actividad.

Colaboró también el hecho de que las indiadas nunca manejaron armas de fuego, lo que fue acentuando paulatinamente el desequilibrio enorme de la eficiencia bélica entre blancos e indios, con los fusiles Remington capaces de disparar 10 tiros por minuto, aunque el mayor problema que seguían enfrentado las tropas eran las duras condiciones del ambiente del desierto, con sus dificultades extremas.

Esta situación provocó que el tránsito en la cordillera, fuera ahora hacia Chile escapando a la presión militar. Allí se dispersaban entre la población mapuche en la que tenían parientes y amistades. Pero si bien el robo de ganado, el rapto de cautivos y otras formas de botín desaparecería, los episodios finales de la conquista se desarrollarían en los valles precordilleranos neuquinos, con la rendición de los últimos restos del antiguo poderío araucano.

El 12 de octubre de 1880 Roca asumió la presidencia de la Nación y nombró como Ministro de Guerra y Marina al General Benjamín Victorica, a quien instruyó para que adoptara los medios necesarios para ocupar toda la Patagonia. En 1881 de acuerdo a las directivas del general Roca, le ordenó al jefe de la línea militar del Río Negro, el General Conrado Villegas, para que preparara una expedición militar para llegar al lago Nahuel Huapí.

En marzo de 1881 se iniciaron los movimientos de las tropas que estaban divididas en tres brigadas bien montadas y armadas que debían batir las regiones patagónicas adonde se habían refugiado los restos dispersos de los pampas araucanos. La tercera brigada que estaba bajo el mando directo de Villegas partió de Choele Choel, y llegó al lago Nahuel Huapí en abril de 1881, luego de recorrer terrenos desconocidos y una difícil marcha por los ataques de tribus hostiles. Sin embargo esta expedición no alcanzó los objetivos de eliminar las incursiones de los indios, porque se refugiaban en Chile ante la presencia de las tropas, y volvían luego de que las tropas se retiraban.

Ante esta situación el General Villegas en mayo de 1883 ideó un plan que fue aceptado, que estaba basado en su experiencia: *“después de la expedición que en 1881 llevé al Lago Nahuel Huapí me convencí de la necesidad de variar el género de la guerra. Ya no sería conveniente operar en columnas pesadas, como se había realizado hasta ahora, sino colocar pequeños fuertes en pasos estratégicos con fuertes partidas que persiguieran a los moradores de aquellos territorios, para someterlos a las leyes de la Nación, o hacerlos emigrar al otro lado de la cordillera”*.

Se organizó entonces una División del Ejército bajo su mando que ocupó la línea de los ríos Negro y Neuquén. Se establecieron con carácter permanente en fuertes y fortines construidos en los pasos fronterizos, cumpliendo tareas de vigilancia y control. Estos movimientos hicieron refugiar en Chile a los principales caciques con sus tribus.

Esta *Expedición a los Andes*, planificada y dirigida por el General Villegas permitió extender el territorio nacional hasta el lago Nahuel Huapí, asegurando definitivamente a las poblaciones del sur de Mendoza y La Pampa central, contra los golpes de mano ejecutados por partidas aisladas de indios que pasaban por ocultos valles cordilleranos. Esto permitió además la posterior demarcación de la frontera internacional en zonas desconocidas hasta ese entonces. Fue un éxito completo.

La República entró entonces en posesión total de su territorio, y veinte mil leguas quedaron incorporadas a la civilización. Por primera vez desde la época de la conquista española se abrieron los campos al trabajo, se acabaron los malones que los asolaron durante siglos, y se eliminaron las fronteras interiores que eran una amenaza para la integridad del territorio y confirmando con su ocupación hasta el extremo sur la legitimidad de nuestra soberanía. Cortó definitivamente el tráfico indígena chileno que durante más de dos siglos había sido una amenaza permanente en nuestras pampas.

Bibliografía

- La Conquista del desierto, por Juan Carlos Walther.
- La Guerra al Malón, por el Comandante Prado.
- Adolfo Alsina y la ocupación del desierto, por Alfred Ebelot.
- Episodios Militares, por el Cnel. José S. Daza.
- La Rastrillada de Salinas Grandes, por Samuel Tarnopolsky.
- La lanza rota, por Dionisio Schoo Lastra.
- El indio del desierto 1535-1879, por Dionisio Schoo Lastra.

- El hombre olvidado, por Rodolfo Falcioni.
- Vida del General Nicolás Levalle, por el Coronel Héctor Juan Piccinali.
- La conquista del desierto, por Eduardo Racedo.
- Caciques Boronas y Araucanos, por el Padre Meinrado Hux.
- Catriel y los indios pampas de Buenos Aires, por Alberto Sarramone.
- La Guerra por las Vacas, por Norberto Ras.
- La Conquista de 15000 leguas, por Estanislao Zeballos.
- Viaje al país de los Araucanos, por Estanislao Zeballos.
- Malones y comercio de ganado con Chile en el Siglo XIX, por Jorge Rojas Lagarde.
- Recordando el pasado, por Antonio G. del Valle.
- Rastrilladas, huellas y caminos, por Enrique Barba.
- Indios y Cristianos, por Silvia Ratto.
- Los grandes caciques de la pampa, por Luis Franco.
- Fortines del Desierto, mojones de civilización, por Juan Mario Raone.
- Historia de los Indios Ranqueles, por Jorge Fernández.

Nota del editor: Los anexos no están disponibles.